

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL.

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

• • •

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE.

FERMIN BAYONA.

TOMO III. — NUMERO 6.

## SUMARIO:

- I. Influencia del Cristianismo en el Derecho Civil de los Romanos, por Juan Gonnar — II. Toujours ou jamais (poesía), por J. A. D. — III. La Lectura, por Víctor M. Jerez — IV. Enrique Heine, por Teófilo Gautier — V. Marina, por Jorge — VI. A la apreciable señorita Rosa Boquín (poesía), por Carlos A. Iñendia — VII. Recuerdos de un viaje, por Calixto Mixco — VIII. "La Penitenciaría de Guatemala, drama de Ismael Cerna," por Arturo — IX. Aurora (poesía), por Paul — X. Otoniel (continuación), por Juan J. Láinez — XI. Notas — XII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Hidalgo núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE RICARTE, 12.

Marzo 20 de 1891.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Víctor M. Jerez.
1. <sup>o</sup> Vocal	..	Juan Gomar.
2. <sup>o</sup> "	..	Francisco Dueñas.
Tesorero	..	Fermín Bayona.
Fiscal	..	Lisandro Blandón
1. <sup>o</sup> Secretario	..	Adrián García.
2. <sup>o</sup> "	..	Doroteo Fonseca.

## SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Br. D.	Miguel Dueñas.	Br. D.	Esteban C. Roque.
" "	Juan Mena.	" "	Abraham Chavarría.
" "	David A. Payés.	" "	Nazario Salaverría.
" "	Rafael E. Chávez.	" "	Fidel A. Novoa.
" "	Nicolás Leiva.	" "	Francisco Espinal.
Dr. "	Francisco Martínez Suárez.	Dr. "	Guadalupe Ramírez.
" "	Horacio Rómulo Jarquín.	" "	Francisco Gutiérrez.

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Br. D.	Salvador Flamenco.	Dr.	Rubén Rivera.
" "	Adolfo Castro.	" "	Abraham Rivera.
" "	Baltasar Parada.	" "	Francisco A. Reyes.
Dr.	Simeón Eduardo.	" "	Carlos A. Imendia.
" "	Carlos Dárdano.	" "	Anselmo Valdés
" "	Ramón P. Molina	" "	Ismael Cerna.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

COMISIÓN REDACTORA:

Francisco Dueñas,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez,

TOMO III |

SAN SALVADOR, MARZO DE 1891.

| NUM. 6

## Influencia del Cristianismo en el Derecho civil de los Romanos.

Triste es recordar los tiempos de la antigua Roma en que la barbarie imperaba, en que la ley no era sino la voluntad despótica de los tiranos. El derecho no encerraba en sí los sanos principios de la justicia y de la moral, sino los privilegios injustos en favor de ciertas clases, que unas veces en inmensa mayoría y otras en muy pequeña minoría, daban rienda suelta á sus caprichos en perjuicio de los intereses generales, derechos de igualdad, libertad, propiedad y otros muchos.

La familia no era un conjunto de seres unidos, los lazos de la sangre se hacían á un lado, pues, el padre autorizado omnimodamente por las leyes que reglamentaban la patria potestad, tenía derecho á disponer de la vida de sus hijos y de su mujer, talvez solo por quitarse la pesada carga de sostenerlos, ó porque solo así podría sumir-se en la más completa inmoralidad.

La mujer y los hijos no eran con-

siderados por la ley como personas, su condición era pues, triste y miserable, lo mismo que la de los esclavos; no podían testar y si el padre, marido, ó amo quería desheredarlos, la ley lo facultaba aunque no hubiera justa causa.

El matrimonio era un simple contrato consensual, sujeto únicamente á la observancia de ciertas solemnidades ridículas y siempre teniendo por base la desigualdad entre los esposos, debida á la preponderancia que la ley daba al marido sobre la mujer. El divorcio absoluto estaba á la orden del día y así como ahora en Francia (que causa grande escándalo) las disoluciones tenían lugar en número considerable, quedando las mujeres, talvez cargadas de numerosa familia en la más horrible miseria; y como el matrimonio para ella ya era sino imposible, por lo menos muy difícil, de aquí resultaba el grosero é inmundo comercio del sensualismo, el abandono de la infeliz familia que recibía las enseñanzas de la corrupción.

El concubinato extendió tanto su inmenso poderío, y fue tal el desenfreno de las costumbres de

hombres y mujeres que Augusto se vió obligado á decretar las leyes Julia y Papia Pópea, que concedían recompensas al matrimonio é imponían penas y gravámenes al celibato. Designaban los derechos de los célibes y de los casados. Los célibes no podían heredar sino solo de sus parientes mas próximos y los legados que se les dejaban, no los percibían por entero, descontándoseles ciertas cantidades para el Fisco. El matrimonio estaba además prohibido entre patricios y plebeyos, y se podía adquirir la mujer por prescripción, desde luego que no era tenida como una persona sino como una cosa y dice el distinguido publicista español don José María Antequera que para adquirirla se necesitaba según la ley, que el hombre que trataba de hacerlo, la tuviese en su poder un año, sin que burlando su vigilancia, hubiera salido tres veces de su casa. Una vez adquirida se le daba el nombre de uxor y no pasaba á la familia del marido, ni le heredaba como la que se había casado por medio de los ritos solemnes, la que se llamaba materfamilias.

Había llegado pues, al colmo, la depravación de las costumbres romanas que, empapadas en los vicios y en los placeres, pusieron á los hombres al nivel de los brutos.

Hemos reseñado ligeramente lo que era el matrimonio hasta los tiempos de Augusto. Veamos ahora esa fatal institución llamada esclavitud, por la cual se privaba á algunos hombres de su libertad, de ese sacrosanto derecho que acompaña al hombre desde que nace, de ese derecho que hace que los hombres pongan en movimiento su inteligencia, que iluminada por el supremo Hacedor, descubre y lleva á cabo, prodigiosos inventos que causan la felicidad de los pueblos, de ese derecho que transforma

la abyección en nobleza y dignidad, derrocando el poder que tiende á destruir las buenas instituciones para sumirlas en el fango inmundo de la corrupción. La esclavitud, dice el eminente juriscónsulto Florentino, es una institución del derecho de gentes, por el cual se somete un hombre al dominio de otro, contra la ley natural.

Los esclavos, dice Heinecio, nacían ó se hacían: nacían esclavos los hijos de esclavos, y como sucedía muchas veces que el padre y la madre, no estaban en el dominio de un solo amo, se estableció que el nuevo esclavo perteneciera al dueño de la esclava. Se hacían esclavos á los prisioneros de guerra aunque hubieran sido libres, y de ello cita el mismo Heinecio un trágico ejemplo, cual fue la desgraciada suerte que cupo al Cónsul romano Atilio Régulo, que hecho prisionero por los cartagineses en la primera guerra púnica, lo redujeron á la más espantosa esclavitud, pereciendo después de habersele atormentado cruelmente. También se hacían esclavos en castigo, y principalmente en dos casos: si un mayor de veinte años se vendía por adquirir el precio, y si el liberto cometía ingratitud grave con su bienhechor.

El esclavo pues, no era considerado como persona, una vez que carecía de su libertad, sino como una cosa, y estaba contado en el número de las cosas mancipi y que eran las que podían sujetarse al dominio del hombre, es decir que pudiesen ser cojidas con la mano.

Estaba pues, igualado el esclavo con el campo del señor, con la casa y con los animales de trabajo y entre estas cosas que también se llamaban mancipi se encontraban la mujer y los hijos menores que estaban en la patria potestad.

Este era el infeliz estado del pobre esclavo y á pesar de repugnar

tan bárbara institución al derecho natural pues, según él, como dice Ulpiano todos los hombres nacen libres, tenía ardientes partidarios. Uno de ellos el sabio Aristóteles, hombre eminente, decía que algunos hombres entre los cuales enumeraba á los estúpidos, perezosos y á los que no podían gobernarse á sí mismos, eran esclavos por naturaleza. ¡Absurda doctrina!

Apenas puede creerse que Aristóteles con toda su ciencia haya incurrido en tan grave error, y no se le dé como á muchas instituciones bárbaras la fútil é insostenible razón del tiempo, cual era el de la barbarie, pues que el derecho natural ha existido y existe en todo tiempo, lo mismo que los sentimientos de humanidad que obligan á todos los hombres á considerarse iguales y prestarse mutuamente los servicios á que tienen derecho como miembros de la sociedad ¿A qué abismo no iríamos á parar, si admitiéramos ó por lo menos toleráramos con el silencio semejante doctrina?

Examinemos ahora la condición del esclavo ya que hemos visto las diferentes clases de esclavitud que el Derecho romano establecía.

Los amos ó dueños de los esclavos tenían perfecto derecho para disponer de sus vidas y haciendas puesto que estaban en su dominio. Podían ser vendidos, legados, muertos por los señores, y los bienes que talvez á costa de inmensos sacrificios adquirían no les pertenecían á no ser con el asentimiento de aquellos y si los mismos señores querían arrebatárselos, la ley los facultaba ampliamente para ello. ¡Horroriza recordar, aquellos tiempos, aquella legislación escrita con sangre y basada en la injusticia, y la desigualdad de las clases!

El infeliz esclavo trabajaba á discreción, talvez día y noche sin descanso: el látigo del capataz per-

manecía siempre empapado en la sangre de la víctima, que agobiada por el pesado trabajo, caía al suelo desfallecida.

(Continuará).

CUAN GOMAR.

## Toujours ou jamais.

(IMITACIÓN).

Mientras del mismo amor el lazo está echo  
Confunda en una sola nuestras almas,  
Y á su calor palpiten los recuerdos  
Y las dulces promesas y esperanzas.

¿Qué importa que la suerte, amada mía,  
Nos quiera separar con saña fiera,  
Si no hay poder humano que resista  
Al poder del amor!.... ¡Y él es mi fuerza!

No temo los abrojos del camino  
Y si terrible tempestad estalla,  
Los rayos brillarán sobre el abismo  
Y tú, para salvarlo, me das alas....

Si azota el huracán y enfurecidas  
Me amenazan las olas gigantesas,  
Mi pecho enfrentará sus altas cimas,  
Inconmovible, hasta poder romperlas.

Si es preciso, después, combate rudo,  
¿Qué importa! Yo también sabré luchar  
Hasta hacer mío el anhelado triunfo  
Para llegar, mi bien, donde tú estás.

Entonces el amor con mis laureles  
Nos unirá tejiendo una guirnalda.  
¡Ay! cómo no luchar cuando se quiere,  
Si es tan dulce vencer cuando se ama!

Mas no digas jamás que es necesario  
Olvidar. Que al destino me resigne.  
Crearía entonces que mintió tu labio  
Pues sé que ante el amor no hay imposible!.....

J. A. D.

San Salvador, 1891.

## LA LECTURA.

“Cualquiera que sea la condición social del individuo, hay placeres

que están al alcance de la generalidad y que al propio tiempo que proporcionan solaz y esparcimiento al espíritu, dejan en el corazón la enseñanza benéfica de la virtud y el germen de todas las buenas acciones.

Con la mayor facilidad pueden conocerse las tendencias, los ideales, las opiniones de un individuo con solo observar cuales son los libros á que dá preferencia; el libro es un amigo y son las amistades medio muy seguro para conocer al hombre. Quien se inspira en las convicciones de otro y las aplaude, quien celebra lo que un autor hace está en el camino de hacer por sí mismo lo que excita su entusiasmo; en esto van en perfecto acuerdo la lógica de las propias afecciones y la observación de lo que diariamente sucede.

Hombria de bién, firmeza de carácter, amor á lo que engrandece son cualidades que distinguen á los varones esforzados, á esos para quienes el dictado de la conciencia pesa más que el aplauso de los necios ó la burla de los envidiosos; pero para alcanzar ese estado necesario por el cual se conserva la dignidad, se hace imprescindible una educación en lo posible perfecta; educación á que favorece admirablemente la lectura provechosa de las buenas obras, siendo como es que por ella admiramos lo que talentos dignos de respeto opinaron y admitieron, asistimos á las discusiones de los sabios, venimos á conocer la manera de que se ha valido la inteligencia para someter al examen severo de la crítica, aquello que parecía más incontrovertible y verdadero, y nos complacemos al observar la constancia de los obreros de la civilización en ese proceso de los humanos conocimientos, donde se conserva inalterable la memoria de los que grandes y bue-

nos, consagraron sus esfuerzos á la felicidad común.

El tiempo á cuyo poder todo cede, respeta la grandeza y toma los nombres de los que se han distinguido en sus obras á efecto de que sus sucesores les rindan el debido homenaje y aprendan á ser grandes por las virtudes, ejecutorias las más eficaces para ser recordados é imitados.

Es incuestionable el influjo que ejerce en el individuo la educación del hogar; afecciones, tendencias y acciones tienen su origen en los sentimientos y costumbres que han estado más al alcance en los primeros años, por esa razón tanto se cuida en los modernos métodos de educación de dar preferencia á la cultura moral, pues preparándose á los jóvenes en la escuela de la templanza se echan los cimientos para la constitución de las sociedades.

Ni las ideas de justicia y generosidad podrán encontrarse en aquel que ha recibido solo el influjo destructor de los vicios, y que lentamente ha ido haciendo acopio de malas pasiones y de extraviadas ideas, que vienen á producir toda clase de perturbaciones en la variedad de las relaciones sociales, así como también en la clase de lectura que se proporcione al niño se encontrará, sin mayor esfuerzo, la causa principal de sus malos hábitos ó la fuente de donde han provenido todas las cualidades que le adornen.

“Dime quien te admira y á quien admiras y te diré quien eres,” se ha dicho con bastante exactitud; y en efecto la admiración es producida por cierta asimilación entre el que admira y la cosa admirada. Esta observación puede hacerse entre las obras que arrebatan el ánimo y las acciones ejecutadas por el que se ha interesado en su estudio. ¿Cómo podrá entusiasmarse

un espíritu innoble al contemplar los esfuerzos grandiosos de los héroes del trabajo?

La lectura es el medio más adecuado para adquirir el conocimiento de los hombres y las cosas, favorece en mucho la dirección de los propios actos y es á menudo tesoro de donde se extrae la firmeza para resistir los vaivenes de la fortuna, para sobreponerse á las inclemencias que persiguen á los buenos y el manantial que nos ofrece sabias máximas y principios sólidos, que sirven como de norma para no abandonar la senda florida del obrar bien.

Si tan grande es la influencia de la lectura en lo que atañe al perfeccionamiento moral y en lo que se relaciona con el mantenimiento de la armonía común, condición precisa de todo adelanto, no lo es menos en la parte que se refiere á la cultura intelectual, pues por muy felices aptitudes que se concedan éstas tienen que ser auxiliadas poderosamente por las ventajas que proporciona el trato de los libros. Cambian los sentimientos, se modifican las aspiraciones y se adquieren ideas verdaderas á medida que por la lectura van conociéndose los caracteres de los individuos, juzgando el fin de sus obras y analizando las doctrinas que sostuvieron.

Cuando la lectura es objeto no solo de aprendizaje, sino que viene á tenerse como ocupación primera y agradable trabajo, evita la ejecución de muchos actos punibles. Aquel que encuentra un libro que cumple á sus deseos no está jamás dispuesto á tomar parte en placeres miserables; todo su ser lo embarga el estudio y todas sus simpatías son para la obra que tiene entre manos. En la atmósfera de la lectura se vigorizan los talentos y se nutren los corazones.

La perfección del gusto es debi-

da á la buena lectura: casi insensiblemente va adquiriendo el aficionado á los libros un criterio que le facilita discernir, entre lo que carece de importancia y lo que realmente tiene mérito; discernimiento que trae consigo esos goces reservados para los amantes de la lectura.

Conocer la vida de los sabios, ir paso á paso viendo como han adquirido las ideas que les han proporcionado el merecido renombre de que gozan, solo puede obtenerse por medio de ese amigo de los pueblos: el libro; él en los momentos de dolor cuando desfallece el ánimo tiene para brindarnos los consuelos que elevan y las enseñanzas que moralizan, en la prosperidad enseña á considerar los leves momentos de felicidad relativa, como simples interrupciones en el amargo y doloroso camino de la existencia; brinda la experiencia suficiente para conocer lo que valen las ficciones que visten el sagrado traje de los afectos; él en fin reúne los caracteres de maestro, de amigo; nos acompaña á nuestro retiro y siempre está dispuesto á enseñarnos indefinidamente; tiene el poder necesario para llegar á los palacios y la humildad sublime para visitar á los menesterosos. El libro no reconoce soberanías, él es el primer demócrata.

VICTOR M. JEREZ.

### ENRIQUE HEINE.

Cierta mañana viniendo á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por mi doméstico, no pude comprender, solicitaba hablarme. Bajé á la habitación en que recibía yo las visitas, y ví á un hombre muy flaco, cuyo semblante recordaba el de Gericault, y terminaba en una barba puntia-

guda, rubia, y en la cual veíanse blanquear muchos hilos de plata.

Buscaba yo entre mis recuerdos quién podría ser aquel huesped matinal que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un amigo antiguo. No conseguí juntar su nombre á aquella cara tan cambiada; pero transcurridos algunos minutos de conversación, un rasgo ingenioso del desconocido me hizo exclamar:

“Este es el diablo, ó es Heine.” Era efectivamente Heine, convertido de Dios en hombre.

Pocos meses después, Enrique Heine caía en cama para no levantarse más; permaneció ocho años clavado en la cruz de la parálisis por los clavos del padecimiento.

Durante esta larga agonía, presentó el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo; del espíritu prescindiendo de la materia; la enfermedad le había arrugado, demacrado, disecado como á su antojo, y en aquella estatua de dios griego había tallado, con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media, un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas aparecían salientes.

Aún así desfigurado, Enrique Heine era todavía hermoso; y cuando levantaba su párpado caído brillaba una chispa en su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella cara muerta; Lázaro salía de su fosa por algunos minutos; aquel espectro que envuelto en sus sábanas, parecía estatua fúnebre vacante sobre un monumento, hallaba voz para hablar, para reír; para lanzar ironías ingeniosas, para dictar páginas seductoras, para dar rienda suelta á sus estrofas aladas, y en aquellos días en que la piedra de su tumba mortificaba con más dureza sus miembros, para gemir lamentaciones tan tristes

como la de Job en su estercolero. Sus amigos debieron alegrarse de que aquella espantosa tortura concluyese al fin, y de que el verdugo invisible diese el golpe de gracia al infeliz atormentado; pero pensar que aquel luminoso cerebro, amasado con luz y con risas, del que surgían imágenes zumbando como abejas de oro, sólo resta hoy un poco de pulpa gris, es un dolor al que no es posible resignarse sin protesta.

Cierto que estaba en vida encerrado en un ataúd; pero, acercándose á él, era posible oír á la poesía cantar bajo el negro ropaje.

¡Cuánto apenas el ver uno de esos microcosmos, más vastos que el universo, contenidos en la reducida bóveda de un cráneo roto, perdido, aniquilado! ¡Cuántas y cuán lentas combinaciones habrá menester la naturaleza para formar una cabeza parecida!

Enrique Heine había nacido en el día 1.º de enero del año 1801, circunstancia que le hacia decir, riéndose, que él era el primer hombre del siglo. Topffer observa los inconvenientes que hay, cuando se envejece, en llevar las centésimas del siglo, que perpetuamente nos recuerda nuestra edad y parece que nos arrastra con él. Heine abandonó á su compañero en el quincuagésimo sexto viaje.

El tiempo era frío, nublado, triste; las horas señaladas para la conducción del cadáver, las de la mañana; unos pocos amigos y admiradores del poeta se paseaban delante de la casa mortuoria, esperando que el fúnebre cortejo se pudiese en marcha para el cementerio. Heine había prohibido toda pompa, toda ceremonia; considerábase como muerto desde hacía mucho tiempo, y quería que lo poco que de él quedaba saliese en silencio de aquella habitación que no debía abandonar sino para trasladarse á la



tumba. La vista del féretro, muy largo, muy ancho y muy pesado, en que aquellos restos pequeños estaban tendidos más desahogadamente que en su lecho, evocó en todos nosotros el recuerdo involuntario de este pasaje del *L'Intermezzo*: "Id á buscarme un ataúd de tablas sólidas y gruesas: es menester que sea más largo que el puente de Maguncia; y traedme doce gigantes más fuertes que el vigoroso San Cristóbal de la catedral de Colonia, del Rhin; es necesario que lleven el ataúd y lo arrojen al mar; un ataúd tan grande pide una grande fosa. ¿Sabéis por qué es menester que el féretro sea tan grande y tan pesado? Porque voy á depositar en él juntamente mi amor y mis penas."

En efecto: el ataúd era demasiado grande; y si no fué arrojado al mar, se le depositó en una huesa provisional en presencia de poetas y de artistas franceses y alemanes poco numerosos, que permanecían formados respetuosamente, convencidos de que asistían á los funerales de un monarca del talento, aunque no había allí ni gran cortejo, ni negro estandarte con estrellas, ni discurso enfático, ni blandones de amarilla cera. Colocada la lápida, cada cual tornó á descender por la triste colina, y fué á perderse en el hormiguero infinito de la vida humana.

Pocos poetas me han conmovido y emocionado como Heine. Desconozco el idioma alemán, es cierto, y solo he podido admirarle en las traducciones; pero ¿qué hombre será este cuando, aun privado del ritmo, de la rima, del feliz ordenamiento de las voces, de todo lo que constituye el estilo, en una palabra, produce todavía efectos tan maravillosos! Heine es el poeta lírico más grande de Alemania; su sitio está naturalmente al lado de los de Goethe y Schiller; tal aparece á mis o-

jos aunque la poesía traducida en prosa no sea sino un rayo de luz envuelto en paja, como Heine mismo ha dicho.

Ninguna naturaleza hubo nunca que se compusiera de elementos más heterogéneos que la de Enrique Heine; era simultáneamente alegre y triste, creyente y escéptico, tierno y cruel, sentimental y burlón, clásico y romántico, alemán y francés, delicado y cínico, entusiasta y lleno de sangre fría; todo, menos fastidioso. A la más pura plástica griega, unía el sentido moderno más exquisito; era verdaderamente el Enforion hijo de Fausto y de la hermosísima Elena.

No es propio de este sitio examinar y apreciar su obra, que hablará por sí misma; pero no podemos por menos de indicar la impresión que nos produce.

Cuando se abre un tomo de Heine parece que entramos en uno de esos jardines que tanto gustaba él de pintar; las marmóreas esfinges de la escalinata aflan sus garras en el ángulo de sus pedestales, y nos miran con sus ojos en blanco; y nos miran con una intensidad que asusta; sobre su lomo leonado se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita como si latiese un corazón bajo aquellos contornos rígidos; rechinan las puertas al girar sobre sus goznes enmchecidos y se cree ver el pliegue de un vestido que desaparece bajo un arco, como si el espíritu de la soledad huyese sorprendido por nuestra llegada.

El musgo las ortigas, las bardanas han brotado entre las desunidas losas de la terraza, los arbolillos sin cultivar nos detienen el paso con sus ramas, como si nos suplicasen que no siguiésemos adelante. Las rosas parecen ensangrentadas entre las espinas, y las gotas de lluvia suspendidas en sus pétalos brillan como lágrimas;

las flores ahogadas por las hierbas nocivas exhalan perfumes extraños que producen vértigos.

En el estanque el agua negruzca se corrompe bajo la hierba verde, y la náyade roja es chata como la estampa de la muerte. El sapo salta á través de los senderos y va á contar nuestra llegada á su tía la víbora. Sin embargo, el viento suspira sus elegias, y el ruiseñor canta penas de amores idos; en la ventana de la casa, casi destruida, aparece una doncella fresca y rubia, envuelta en su bata de raso, semejando á esas hadas neerlandesas que Gaspar Nestcher se agrada de pintar en un fondo de rocas ó de dulcamaras; es encantadora, pero no tiene corazón, y en su seno se encierra un pozo de nieve.

Jamás caerá en falta con nosotros; pero si tenemos alma y nervios, valiéranos más habernos enamorado de una de esas mujeres que llevan pintado el vicio en sus pómulos enrojecidos. Esa doncella nos dará la muerte con mil suplicios inocentemente diabólicos, y ni en el día del juicio osaremos resuscitar por miedo de volver á verla.

Heine tiene de común con Goethe que sabe pintar mujeres verdaderas; una línea le basta para que una figura se dibuje viva y completa. ¡Qué engañoso encanto, qué pérfida languidez, qué risa de hiena, qué lágrimas de cocodrilo, qué ardiente frialdad, qué alada llama, qué coquetería de gata! Ningún poeta ha sabido mover con mas gracia la cola de dragón en la comisura de unos labios de rosa. ¡Con qué convicción dice de Lusiaaan, el amante de Melussina: "¡Hombre feliz, cuya querida no era serpiente sino á medias!"

Si Heine no ha labrado en sus paros la más resplandeciente estatua de dioses griegos y bajo-relieves de bacanales tan puras de forma como los antiguos, está, cuan-

do menos, al nivel de Uhland y de Tieck, si narra las leyendas católicas y caballerescas de la Edad Media. Heine saca del cuerno maravilloso de Achim, de Armin y de Bretano sonidos que hacen estremecerse á los ciervos en el fondo de los bosques y bajarse los puentes levadizos de los castillos feudales. Cuando jinete en su corcel se lanza á la carrera, muy luego roza con su calzado la blasonada falda de la castellana cazadora, y nadie maneja el venablo con más gracia.

Nuestras costumbres literarias, muy dulcificadas, acaso hagan que aparezcan excesivamente crueles algunas ejecuciones de Enrique Heine; con los malos poetas era implacable; pero ¿no tiene Apolo derecho á desollar á Marsyas? La mano que empuña la lira de oro empuña también el cuchillo para disecar el sátiro grosero; voy á terminar con una página del libro de *Lázaro*; ella dará una idea de la manera del poeta, que ya sabe á qué atenerse sobre ese terrible problema:

"La pobre alma dijo al cuerpo: No te abandono; permanezco con tigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de rosa suavemente forrado de armiño; ¡ay! es preciso ahora que completamente desnuda, despojada de mi querido cuerpo, como ser puramente abstracto, yo me lance á vagar; allá arriba como una hada bien aventurada, en el reino de la luz, en esos frios espacios del cielo donde las eternidades silenciosas me miran bostezando; allá se arrastran llenas de hastío y producen un ruido insipido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí conmigo, querido cuerpo!

¡El cuerpo dijo á la pobre alma:

¡Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrelevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la forcida de la lampara; es nuestro que me consume; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrella de la claridad más pura.

Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva a ser lo que he sido, un poco de polvo. Adios, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras a la Osa mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte."

TEÓFILO GAUTIER.

## MARINA.

En el número 4.º del Tomo III del importante órgano mensual de la Sociedad literaria que por título lleva "La Juventud Salvadoreña," hame sorprendido agradablemente una firma de mujer; "Marina," al pie de un artículo literario. "La Esperanza."

La firma no ha recibido el bautismo literario, ni la ha apadrinado "La Juventud Salvadoreña." "El Ramo de Violeta" ha engalanado sus columnas de flores con producciones más importantes de la misma pluma. "El Rubí de amor" por ejemplo. No es pues la bondad del artículo la que me obliga a trazar estos risos de crítica, sino el goce que los amantes del progreso intelectual de la mujer, experimentamos al leer el nombre de una escritora novel, enlazado á los de la pléyade de jóvenes en quienes los hombres de hoy, depositarán el pendón del progreso, en cuyas filas han militado, y por for-

tura aun militan todavía, plumas como las de E. Favilla y J. Méndez, inteligencias privilegiadas como las de Ruben Darío y V. Acosta. Imaginaciones-águilas á quienes cuentan sus cuitas el lucero y la flor, el pájaro y el bosque.

"Cada día me confirmo lo que ya en otra ocasión más solemne me dicho. Los pueblos, nuevos atraiesan las mismas etapas, que han recorrido los viejos." El romanticismo restaurado y que tuvo por cuna en el siglo pasado á la Alemania; agonizante en los últimos días de Víctor Hugo, es visto en la actualidad casi con desdén en Europa, mientras que entre nosotros está en su apogeo. Favilla algo, Acosta y Darío, sobre todo este último le rinden culto. Favilla á veces abandona el ídolo, se empaña del espíritu de la última mitad de este siglo y entonces escribe á Júpiter. Pero el sacerdote aunque abandone el templo siempre guarda entre los pliegues de la túnica el olor de la mirra, y el incienso quemados. Júpiter exhala olorillo romántico. Favilla posee como Víctor Hugo la cualidad de tocar ciertos puntos de la vida real. Sus obras conservarán siempre el cariño de la posteridad.

Acosta y Darío son esencialmente idealistas, ambos poseen en alto grado eso que se llama personalidad literaria, ideas que nunca alcanzarán los escritores vulgares; esclusivo privilegio de los hombres de ingenio. Sus versos nos deleitan como nos deleitan una flor ó una mariposa de vivos y variados colores, pero como la flor languidece al quererlos transplantar. Ruben Darío es sobre todo un colorista admirable. En esto aventaja á todos nuestros poetas.

Los pocos estudios críticos que han visto la publicidad entre nosotros, salvo algunas horrosas excepciones, no han sido más que

aborto de la envidia, ó del deseo de aparecer chistosos á costillas del prójimo y del buen gusto. Cuál será el espíritu que la crítica moderna deba seguir? Se inclinará al idealismo, al realismo ó al primo hermano de éste, al naturalismo? O dejará á cada cual seguir el camino más de su agrado, aunque choque con el espíritu de la época? Y nótese que en manera alguna, menciono clasicismo, que para mí dista mucho del verdadero idealismo. Eso de que una asamblea notable por su ciencia á veces, otras porque quieren serlo, tome teodolito y cuerda y trace límites á la pasión, al dolor, ó á la alegría! señale hasta donde se debe de amar, hasta donde se debe llorar y detenga, al igual de la cabeza de Medusa, la alegre carcajada que retoza en nuestro ser! Y todo por qué? Porque en una época llamada clásica, ya se llame así aquella en que florecieron Cervantes, Fray Luis de Leon, Santa Teresa, etc., ó ya á la más moderna de Calderón, Alarcón, etc., como quiere Alcalá Galiano, tuvieron tal modo de amarse, se manifestó el llanto de aquesta otra manera, etc., como si el dios Cupido no peimara canas y como si hábil cirujano, el tiempo, no le hubiera colocado dos brillantes ojos que se han amoldado tan bien á su cuenca orbitaria como si suyos hubiesen sido siempre. Y qué diré de su código, es decir de la gramática? Acaso es infalible? El más ilustre, á mi modo de ver, de los gramáticos modernos, el gran anatómico de la lengua, Bello; no protesta enérgicamente contra ese afán de latinizar nuestra lengua? Según Clemencin el Quijote está cuajado de errores gramaticales y hételo ahí sirviendo de campo de estudio á los mismos que tan neciamente hablan contra los infringidores de sus reglas. Dije reglas? Si fuéremos á sumar las ex-

cepciones y las reglas é hiciéramos balance resultaría un saldo á favor de aquellas.

La crítica moderna, felizmente sigue en la actualidad los pasos de las ciencias positivas. Su método: la observación. No obliga al autor á seguir los preceptos de esta ó aquella escuela, sino que toma sus producciones, como el botánico recoge las flores de un prado. Ya se sirve de la simple vista, ó echa mano del mísero acopio, ya hace vibrar el látigo, ó balancea el incensario. Pero siempre justo, pudiendo errar por pecado venial, pero nunca con conocimiento de causa. Guáy del crítico rencoroso que ensucia en el tintero de la venganza ó del encono su sagrado cetro! Sacerdote mercenario será arrojado del templo en medio de la satírica silba de la muchedumbre.

Para juzgar á un autor en la actualidad la crítica exige: leer todo lo que haya producido, estudiar sus tendencias en relación con la época en que existió, su decir, su estética, y algo inesplicable que le imprime personalidad. El crítico no debe aplicarse á ninguna escuela, el gusto de la época le enseñará á cual deba dar la preferencia. El autor es responsable de sus faltas y no excusarse con autorizaciones ajenas. La única autoridad respetable, es la autoridad del público. Críticos y autores deben inclinarse respetuosamente ante el gusto de época. Parapetarse detrás de Lope de Vega ó Calderón sin fijarse que el medio ambiente ha cambiado— que el siglo XIX le lleva dos siglos al XVII. . . . es burlarse del público, jugando el escondite. Dé que servirá, por ejemplo, y por más que ello fuere ejecutado con *donaire*, escribir en la actualidad con el español, del Marqués de Santillana, ó de Santa Teresa de Jesús? Las aventuras de los caballeros andantes nos hacen bostezar al rom-

perse las lanzas en los bruñidos yelmos.

El gusto se educa con la lectura de las obras de buen gusto, así como el órgano de la visión se desarrolla por el frecuente uso de la vista. Solamente que el que nace ciego no podrá ver por más esfuerzos que haga, del mismo modo el que nace sin la sensación del gusto, no podrá saborear ni el más delicioso caramelo. Qué abundancia de prosistas, poetas, novelistas, etc., tendríamos si no existiera otra dificultad que en práctica, si no hubiere eso que se llama personalidad, y que va colocando, al prosista, novelista, etc., en la fila que le corresponde, haciendo á un lado para que no estorben la marcha del progreso, á los que no dan con esa filosa que existe en el individuo, y que se halla cuando se busca.

JORGE.

(Continuará).

A LA APRECIABLE SEÑORITA

ROSA BOQUÍN,

EN EL DÍA DE SU SANTO.

El ténue rayo de la alborada  
Hoy á tu lecho llegó sonriente;  
Te vió dormida, besó tu frente,  
Y alegre dijo: —“¡Felicidad!”

Y luego el ángel de la pureza,  
Que el cielo quiso fuera tu hermano,  
Vino á buscarte, diciendo ufano:  
—“Que Dios conserve tu ingenuidad.”

Después amable llegó á tu lado  
El ángel rubio de la esperanza;  
Y señalándote en lontananza  
Bellos paisajes de real matiz,

Exclamó —“Todo cuanto tú miras,  
Cuanto en tus sueños siempre deseas,  
Yo haré que pronto tú lo poseas....  
Pues eres buena, serás feliz!”

Yo te prometo que de tu alma  
No he de apartarme ni un solo instante,  
Porque es humilde, porque es amante,  
Y así las busco: soy la virtud.”

Y la violeta, que á tí se iguala,  
Y en sus melifluos cantos el ave,  
La brisa leda pasando suave....  
Todo te dice:—Rosa, salud!”

Las lindas rosas de los jardines,  
Que con orgullo tu nombre llevan,  
Hoy sus corolas juntas elevan  
Para decirte con emoción:

“Que tu existencia no sea nunca  
Como la nuestra querida hermana;  
Que en todo tiempo vivas lozana,  
Y reina te halle toda estación.”

Y yo que unirme debo al concierto  
De tantas voces que su alegría  
Probando se hallan en este día,  
Porque en él goza tu corazón;

¿De qué palabras valerme ahora,  
Si cuando es mucho lo que se siente  
Es el lenguaje torpe, impotente,  
Es incompleta toda expresión?”

Ah! si de Bécquer yo poseyera  
El dulce ritmo, sentidas cosas  
Hoy te diría, tan melodiosas  
Como el gorjeo del ruiseñor.

Pero en mi lira no hay cuerdas de oro,  
Y á mis pasadas inspiraciones,  
Les dieron muerte las decepciones,  
Dejando en mi alma hiel y dolor.

Por eso espero que tú perdones  
Lo que en humilde lenguaje digo;  
Sencilla ofrenda que el pobre amigo  
A tí consagra con gran placer.

Que Dios derrame fragantes flores  
En esa senda por do caminas,  
Flores hermosas y sin espinas,  
Que siempre frescas puedas tú ver.

Que de los seres que te rodean,  
Prolongue el cielo tanto su vida,  
Que en esta fecha, por tí querida,  
Jamás te falte su intimidad,

Que siempre el rayo de la alborada  
Llegue á tu lecho, ténue, sonriente;

Te halie dormida, beso tu frente,  
Y decir pueda: — "Felicidad!"

CARLOS A. IMENDIA.

Sonsonate.

## RECUERDOS DE UN VIAJE.

Corría mayo de 1875—: ese mes hermoso de las flores; mes en que verdaderamente se goza del espectáculo risueño y encantador de la naturaleza, pues toda ella parece rejuvenecerse y engalanarse, vistiéndola una túnica matizada de lindos colores entre los que sobresale el esmeralda.

En compañía de mi amigo Dionisio, y montados, él en una buena mula, y yo sobre un caballo no inferior, nos encaminábamos por una vereda tortuosa que conduce de los minerales de Loma-Larga al cercano pueblecillo de Jocoro.

Yo estaba contento: gozaba como se goza cuando se tienen diez y ocho años, y cuando el corazón sin experiencia está lleno de halagadores ensueños y de risueñas esperanzas. Además, yo dirigía la vista á todos lados, y ni una nube se veía en el celeste espacio; y contemplaba entusiasmado la semejanza de aquel cielo tan sereno, á mi corazón tan tranquilo en aquel instante.

Dionisio, que era un joven bastante bien formado, aunque de pequeña estatura; que tenía además el genio alegre y emprendedor; Dionisio estaba sombrío y pensativo aquella tarde: su semblante formaba un verdadero contraste con el mío; aquel pobre amigo mío tenía alguna oculta pena, de la cual hacía yo poco caso, porque no la comprendía, pues no me era dado comprenderla en medio de mi satisfacción y contento.

Ambos caminábamos á buen paso y en profundo silencio: yo continuaba sonriendo, cuando de repente, y en el momento en que, cansado de su mutismo, iba á dirigir la palabra á mi compañero y se divisaban las primeras casas pajizas del pueblo, la bestia que montaba Dionisio hizo un brusco movimiento y se detuvo dando señales de espanto y como resuelta á no pasar adelante.

Dionisio haciendo poco caso de esto, y siempre distraído, la picó con las espuelas duramente; pero el inteligente animal, lejos de continuar andando, dió un brinco hacia atrás, y por medio de un movimiento rápido como el relámpago, lanzó á mi amigo á cinco pasos de distancia.

Yo soy mal jinete; sin embargo, en tan grave circunstancia traté de mejorar mis tardíos movimientos, y apeándome con la mayor presteza, corrí en socorro del caído, casi al mismo tiempo dos hombres de bastante malas trazas aparecieron por un recodo del camino, donde había un espeso matorral, y corrieron, puñal en mano, hacia nosotros.

Dionisio era valiente, pero no podía moverse en aquel momento; se había golpeado fuertemente una pierna; yo estaba completamente desarmado; las bestias, la mula especialmente, estaban enteramente dueñas de su voluntad y era preciso atenderlas para que no se desviasen de nosotros: el apuro era grande, mucho más para un hombre de mi temple; por consiguiente no sabía qué hacer ni á qué atender, estaba aturdido, y hubo un instante en que me creí hombre muerto; pues se acabó de ofuscar mi entendimiento al recuerdo de los muchos asesinatos que se cometían en aquellas cercanías, y de que había oído hablar muchas veces. No obstante, á pesar de mi entorpeci-

miento, comprendía que era preciso tomar una resolución inmediata. De pronto recordé que Dionisio traía en el bolsillo un pequenísimo revólver. Una dichosa casualidad había hecho que le comprara ese mismo día á Mr. Thompson, joven inglés que estaba empleado en las minas. Conocí naturalmente la ventaja de esta arma en semejantes circunstancias, y en un abrir y cerrar de ojos la saqué del bolsillo de mi compañero, que continuaba echado boca abajo retorciéndose de dolor. Ya era tiempo: los salteadores se habían acercado bastante á nosotros, y mientras que el uno continuó su marcha, el otro tomó la mula del diestro y se detuvo.

Yo no me precio de valiente; sin embargo, en tales casos forzoso es por lo menos aparentarlo.

—Alto!—grité con voz trémula y el revólver montado, dirigiéndome al desconocido — ¿qué quiere usted?

El ladrón siguió acercándose á nosotros sin hacer caso de mis palabras. Era él un joven como de veinticinco años; pero su corpulenta estatura, su rostro repugnante en el cual se veía impreso el descaño, y, sobre todo, su largo y agudo puñal, infundían terror; no obstante, dando un paso atrás, volví á gritarle con más fuerza:

—Deténgase usted!.....

En este momento un suceso inesperado me interrumpió: una mano de hierro, que tal parecía, asió mi brazo y me arrebató el revólver con tanto tino y ligereza, que el arma no disparó. Un hombre se colocó delante de mí: era Dionisio; Dionisio que, en fuerza de la situación, y á pesar del dolor de su pierna, había logrado ponerse en pié; y con voz terrible, los ojos echando llamados de coraje, y dirigiéndose al bandido:

—Te voy á romper la cabeza,

Antonio, si das otro paso! exclamó.

El salteador al oírse llamar por su nombre, fijó la vista en mi amigo, y al ver aquel rostro pálido de ira, retrocedió tres pasos.

—Mi hermano! murmuró.

—Me has conocido miserable ladrón,—volvió á exclamar Dionisio;—me has conocido y aún tienes la desvergüenza de quedarte aquí. Anda,—continuó, dando un paso adelante y apuntándole con el revólver al pecho,—quítate de mi presencia si no quieres.....

—Hermano, interrumpió con voz humilde Antonio, quitándose respetuosamente el sombrero, hermano, perdóname y escúchame.....

—Miserable! aún te atreves á nombrarme tu hermano.... yo no te reconozco por tal.... tú no puedes ser hermano de un hombre honrado, y.... márchate porque voy á disparar.

Quizá el ladrón comprendió toda la resolución que encerraban estas últimas palabras, porque sin decir más, volvió las espaldas y echó á correr hacia su compañero, que sorprendido sin duda de la indecisión de Antonio, se había quedado como clavado en el sitio, teniendo siempre del cabestro á la mula.

—Vámonos de aquí,—le dijo su compañero;—la fatalidad me arrastra siempre á la presencia de mi hermano y ya sabes....

No pude oír lo demás, porque desaparecieron ocultándose en el espeso matorral. Empero, esta escena extraña me conmovió, llamando particularmente mi atención el nombre de *hermano* que aquel malvado dió á mi compañero. Pensé que todo esto debía contener un horrible misterio de familia. Intenté preguntar á Dionisio y salir así de dudas; pero, lo confieso, no tuve ánimo de hacerlo, tan triste y sombrío ví su semblante en aquel instante. A medida que nos alejábamos de aquel para-

je, observé que recobraba la serenidad y por último un profundo suspiro y dos gruesas lágrimas que él trató de ocultar, me demostraron que estaba casi completamente tranquilo.

Pocos minutos después nos apeábamos en el cabildo del pequeño pueblo de Jocoro; y dejando allí nuestras caballerías, dirigímonos á una casa cercana con la buena intención de tomar un refrigerio, continuando después nuestro viaje á Gotera, población más grande, cabecera de aquel departamento, y donde yo tenía fijada mi residencia principal. Mas aquella tarde estábamos desgraciados: apenas habíamos comido algunos bocados y saboreado una copa de excelente cognac que llevábamos con nosotros, cuando un viento de Occidente comenzó á soplar con tal fuerza, que desde luego llamó mi atención. Volví la vista al Oriente y, con gran sorpresa, advertí todas las señales de una próxima tormenta: una espesa y negra nube oscurecía el horizonte. Entonces, dirigiendo la palabra á mi compañero:

—Dionisio—le dije—parece que nos bañaremos esta tarde—¿Qué dices, nos marchamos ó buscamos donde dormir aquí?

—Como gustes—me contestó con indiferencia.

—No es cuento de *como gustes*—le repliqué—; tú lo dispones.

—Sería mejor continuar nuestro viaje—dijo entonces con acento triste;—nuestras bestias son buenas, llevamos regulares abrigo, y, como sabes, tenemos compromiso de llegar hoy mismo.

Dionisio era hombre que nunca perdía el tiempo: á sus palabras seguían siempre los hechos. Inmediatamente y sin hablar más montó en su mula, y yo, que participaba ya de su melancolía, le seguí maquinalmente.

Una legua habíamos andado,

cuando la tormenta que tratábamos de evitar aligerando el paso de nuestras caballerías, principió á darnos á entender que, á no ser que voláramos, ella daría pronto cuenta de nosotros. La atmósfera se hizo más pesada, y el aire arremolinado zumbaba por todos lados. Entonces, cubriéndome perfectamente con mi capote de hule, aguijé á mi pobre caballo, que así estimulado, partió á escape. Mi amigo hizo lo mismo; pero su bestia era tan inferior á la mía, que á pesar de sus esfuerzos, mi caballo llevaba siempre la delantera.

No obstante, todo, fué inútil, porque diez minutos después un furioso huracán comenzó á azotarnos terriblemente: los truenos acompañados de gruesos goterones retumbaban en todas direcciones, y una densa oscuridad nos impedía ver el camino ¡aquel camino que tampoco conocíamos! solamente la luz de los dilatados relámpagos era nuestra única guía.

Imposible me sería querer pintar lo espantoso de aquellos momentos. El continuado cañoneo atmosférico, el silbido horrible del huracán, aquella inmensa cantidad de agua cayendo sobre nuestras cabezas, me hacían contemplar y considerar atónito toda la grandeza, todo el poder del primero y más grande de los seres. Multitud de ideas tristes agitaban mi mente: recordaba lleno de compasión á los marinos, cuando en situación semejante, aunque mucho más arriesgada, dentro del anchuroso mar, se ven expuestos á ser víctimas de las procelosas ondas; y comprendía todo el terror, toda la desesperación de aquellos desventurados. Un momento antes, si me hubieran hablado de un naufragio, no me habría conmovido, ó me habría conmovido mucho menos, que cuando sentía sobre mí todo el horror de aquella furiosa tormenta. Nues-



tro corazón es así casi siempre: para saber compadecer, es preciso haber sufrido.

También comparaba entonces la alegría de que mi alma estaba llena un instante antes, con las tristes ideas que alimentaba en aquel punto; y véase cual es el poder de los pensamientos terroríficos: en aquel camino no había un solo riachuelo; sin embargo yo veía que atravesábamos grandes ríos. En parte no dejaba de tener razón porque grandes arroyos formados por la lluvia pasaban delante de nosotros; pero aquello estaba lejos, muy lejos de igualarse á lo que mi imaginación aturrida me hacía ver. Mis pensamientos vagaban sin tener en que fijarse, ora entorpecidos, ora tristes y acobardados.

Sólo Dionisio, á quién yo podía ver de cuando en cuando á la luz de los relámpagos, permanecía tranquilo y con la sonrisa de la indiferencia dibujada en el semblante; habíamos cambiado de papeles: yo estaba triste, abatido; él, si no alegre, indiferente.

El excesivo frío que sentía correr por todos mis miembros á consecuencia del baño involuntario, me hacía desear cada vez más el grato momento del descanso, pronto llegó este por fortuna; pues nuestra furiosa carrera nos había hecho caminar dos leguas en menos de una hora. A las siete de la noche, por supuesto bastante mojados, entrábamos en nuestra posada de la villa de Gotera.

La mañana del día siguiente amaneció bellísima: el hermoso sol de mayo derramaba torrentes de suave luz; el cielo estaba límpido y sereno; una que otra preciosa nube de oro jugueteaba en su resplandeciente azul; los campos, á consecuencia de la lluvia, semejabán alfombra de diamantes; una brisa suave perfumaba el ambiente;

el espectáculo, pues, que se presentaba á mi vista, no podía ser más risueño y pintoresco.

¡Qué hermoso día! exclamé, sin ser dueño de contener mi emoción. En aquel instante me sentía fuerte, tranquilo y satisfecho: el recuerdo de la noche precedente se había borrado por completo de mi memoria.

Tales son las trasformaciones que sufre constantemente la naturaleza y el espíritu del hombre, según las impresiones más ó menos gratas que recibe.

C. Mixco.

San Salvador, febrero de 1891.

## LA PENITENCIARIA DE GUATEMALA

DRAMA DE ISMAEL CERNA.

Las obras del genio y del talento llevan siempre el sello de la grandeza; abren en el camino de la humanidad ancho sendero al bien y á la virtud y derriban los seculares cimientos del escorial de la tradición y del error. Todos los sufrimientos, todos los ayes, todos los dolores de ese mártir sin gloria que llaman pueblo, van á repercutir en el corazón de los escogidos de Dios, van á condensarse en la inteligencia de sus pensadores y poetas para resolverse mas luego en algo que vivirá la vida de la inmortalidad, en algo que mejorará la triste condición de los que sufren y que será admirado mientras haya un corazón que ame y sienta, y una inteligencia que piense y crea. El viejo Homero funde en el crisol de su inmenso corazón todos los sentimientos del pueblo heleno y encierra en el luminoso círculo de su inteligencia todos sus ideales, todos sus pensamientos y aspiraciones; y de ahí esa obra que cada día aparece más sublime y más esplendorosa á los ojos de la humanidad, como que ella sintetizando el caracter eminentemente filosófico y artista de la Grecia, ha comprendido en tan vastos dominios el ideal de todos los pueblos. Juvenal siente en su pecho los ayes angustiados del pue-

blo oprimido; se levanta soberbio y todopoderoso y sacude sobre las cancerosas llagas del cuerpo social el látigo de fuego de su sátira sublime; alza su voz olímpica y terrible que petrifica el corazón de los tiranos y exacerba el muerto espíritu de las generaciones imbéciles; en sus páginas relampagueantes brilla eternamente la justicia de los pueblos y gime y llora la soberbia de los déspotas. Hugó, el grande Hugo de nuestros tiempos, oye la voz de la miseria, escucha la súplica de los débiles, comprende la plegaria ingenua y tristísima de los desheredados de la fortuna y del derecho, y se pone á su lado y toma como Jesús, por su cuenta la defensa de su causa; arranca á su lira profética cantos que estremecen el trono de los reyes y el corazón de los tiranos, y llevan á la conciencia de los pueblos la convicción de sus derechos y las esperanzas de una redención completa, definitiva; atleta formidable, lucha por más de medio siglo por la causa de los pueblos y los hombres; cuando la patria está de duelo, cuando los cañones enemigos pretenden arrogarse la soberanía nacional, cuando la planta osada del germano pretende humillar la soberbia y la dignidad de París, "capital de las naciones;" se alza su voz apocalíptica, amenazadora, desafiando los azares de la guerra; siente confundirse en su alma de gigante el alma inmensa de la Francia, y entonces sale radiante de su cerebro esa epopeya que llama "Año Terrible;" luchador implacable, reclina su gran cabeza coronada de laureles en el tabernáculo de su gloria con la conciencia de quien, sinó ha visto realizados uno á uno todos sus ideales luminosos, ha quemado hasta el último cartucho sin haber retrocedido un paso en el homérico combate. Montalvo el americano, ve, palpa y siente la tristísima condición político-social de los pueblos latino-americanos; comprende y mide la inmensa diferencia que hay entre los que mandan desde arriba y los que obedecen desde abajo; compara al déspota laureado con el plebeyo oprimido y busca con acertado criterio las causas de tan perniciosos efectos; estudia nuestra viciada organización y desentierra y demuele, inexorables errores y fanatismos, baño de la conciencia de los pueblos; y allí teneis con gloria perdurable sus

obras inmensas y trascendentales penetrando hasta las últimas capas sociales, removiendo la perniciosa semilla que en mala hora nos legaron civilizaciones comprimidas y agonizantes.

La juventud, aurora radiante en los horizontes de la patria, es la llamada á continuar la obra de los grandes antecesores, la labor de los maestros del pensamiento. Atenuar los dolores del desgraciado, enjugar las lágrimas del que sufre, luchar por los derechos del pueblo, trabajar por el imperio definitivo de la justicia, son obras de aliento soberano en las cuales debe la juventud tomar parte importantísima para poder decir más tarde, ante el tribunal augusto de la Historia: "he cumplido con mi deber; juzgadme." El inocente que lleva al pié grillete de presidario; el ciudadano de carácter indomable y de honradez acrisolada agonizando en las bartolinas de horrible calabozo; y el criminal, el confiscador de la honra ajena, el usurpador de los derechos del pueblo, paseándose orgulloso en medio de la sociedad ¿no forman un cuadro que tortura ingratamente la conciencia y atormenta el corazón de quien ama el bien y comprende la virtud? Oh! los que esto me negueis, renunciad, renunciad para siempre á la luz y al aire que os rodea!.... Y para enmendar la obra monstruosa, para corregir el vicio degradante, para castigar el crimen consentido ¿quién sinó la juventud que lleva el alma limpia de vicios, la conciencia luminosa y pura y el corazón rebosando en generosos sentimientos?

Hay en los dominios del arte resortes misteriosos que los seres privilegiados mueven con mano certera. El drama como arma de combate, como medio para llevar á la conciencia de los pueblos las convicciones de sus derechos y de sus deberes, ora en el orden puramente moral, ora en el orden político y social, ha sido ensayado con éxito solamente por las inteligencias de primera talla y en naciones adelantadas. Reflexionando sobre el carácter eminentemente positivista de la época presente, y sobre el papel que en estos momentos históricos desempeña la prensa periodística y la novela, que abarcan en sus dominios todos los órdenes sociales, debe comprenderse que el dra-

ma, ó más bien dicho el teatro, ha perdido mucho, muchísimo de su antiguo poderoso influjo, y de consiguiente, que una obra de esta naturaleza para ser eficaz, requiere, además de un favorable medio ambiente, dotes intelectuales de primera fuerza. Esto no quiere decir, en manera alguna, que el drama deba reducirse á desempeñar papel secundario en la obra del arte; pues aunque la novela haya pretendido á veces arrogarse sus funciones peculiares, el teatro ha sido y será siempre una de las más espléndidas manifestaciones de la literatura de los pueblos y escuela eficaz y bienhechora que, á manera de crisol inmenso, purifica costumbres, demuele vicios y sanciona crímenes. Para la clase ignorante, por ejemplo, para los que no saben leer ó no tienen la costumbre de leer, el teatro que no necesita más que oídos para oír es de influencia más poderosa que el periódico y la novela;—y es por esto que vemos casi siempre en nuestro coliseo que el elemento menos instruido ande en mayor número que los que lo son; y la razón es muy sencilla: éstos regularmente conocen las obras que se representan porque las han leído ó estudiado, mientras que los primeros van á conocerlas hasta entonces ó á recordarlas cuando mas. Creo, pues, que el drama como la novela y el periódico, son factores inconmensurables en la resolución del grandioso problema de la civilización y que por lo mismo su obra, además de trascendental, es imperecedera en la vida de las naciones.

Pero lleguemos á nuestro objeto; hablemos de la obra que nos ha sugerido las anteriores líneas y que nos da material para este artículo. Ismael Cerna, que sabe pulsar la lira con apolíneo acento, ha publicado su drama "*La Penitenciaría de Guatemala*," con nobles y generosos fines indudablemente. Poeta de sensibilidad exquisita, profundo conocedor de los innumerables crímenes que en ese siniestro y terrible establecimiento se cometen, con mengua de la civilización y del buen nombre de la patria, víctima él mismo de esos verdugos inconscientes, ha sentido en su pecho palpitante todos los dolores de los infelices que allí padecen y mueren; y conceptuando un deber de patriotismo y de justicia corregir la obra monstruosa,

cooperando así á la felicidad del pueblo, ha llevado al escenario vasto del teatro, en horrible exhibición, á todos los capataces de la tiranía. ¡Misión sublime la de la juventud centro-americana! ¡Despertar en el corazón de lu multitud el sentimiento de la dignidad y del derecho; romper la indiferencia que engendra la esclavitud y el despotismo!.....

El plan de la obra es sencillo, sencillísimo como deben ser todas las obras que se refieren á costumbres de pueblos que como los nuestros caminan, tanto para el bien como para el mal, en línea recta y con paso seguro: está dividido en tres actos y en verso, y la escena pasa en la ciudad de Guatemala, en tiempo de la dominación de don Rufino Barrios. El primer acto empieza con la partida de Antonio Muñoz y termina con la fusilación de José su hermano. Antonio pertenece á una familia honrada y de buena posición social; es joven, patriota, resuelto y valeroso, de estos que cuando encabezan una revolución ponen en calzas prietas á los cobardes que de cuando en cuando asaltan, por desgracia nuestra, las alturas del poder, comprende la desgraciada situación de su patria y por eso va á incorporarse en las filas de la oposición para luchar y sucumbir, si preciso es, por los fueros de la libertad y del derecho llevando la invencible convicción de la justicia de su causa, —Ved como le despiden Jacinto, su padre:

Pues no hay tiempo que perder:  
Ya que es fuerza perecer  
Perezamos con honor  
En estos días aciagos  
De luto y abatimiento  
En que un tirano sediento  
De sangre, siembra de estragos  
La patria; en que se oye apenas  
El eco del patriotismo  
Entre el ruido del cinismo  
Y el crujir de las cadenas;  
En esta lucha reñida  
Que unos pocos sostenemos  
Y en la que todos tenemos  
Que dejar la honra ó la vida....  
Yo que en este trance fiero  
Apenas contengo el llanto...  
Yo, Antonio mío, que tanto,  
Que tanto, tanto te quiero!  
Prefiero verte morir  
Soberbiamente luchando  
A que mendigues temblando

El permiso de vivir.

Y el hijo corresponde con creces á esos nobles sentimientos de un padre honrado y patriota: está listo para ir á combatir contra los que sostienen el crimen y el deshonor. Por eso contesta:

Antonio —

Sí, padre, tienes razón:  
Yo pienso de igual suerte  
Que es preferible la muerte  
A una vida de abyección.  
Por eso marchó contento  
Adonde el deber me llama,  
Y del patrio honor la llama  
Arder en mi pecho siento.  
Sin estandarte, sin guía  
Luchan los bravos de Oriente;  
Su lucha es lucha demente  
Pero heroica su agonía.....

Antonio promete todo lo que puede prometer un corazón joven y puro que ama con delirio la libertad y que tiene una convicción profunda de sus deberes de ciudadano; y Jacinto lo alienta, le dice que vaya al campo de batalla y despierte en los que luchan la conciencia de su derecho:

Inflámals tú, hijo mío,  
En las llamas del derecho,  
Lleva otra luz á su pecho  
Y á su cerebro vacío.  
Háblales tú de igualdad,  
De patria, de ideas grandes,  
Díles que el Dios de los Andes  
Proteje la libertad.

Pero el tirano es implacable, el espionaje cunde por do quiera, pronto se sabrá que Antonio lucha al lado de los revolucionarios y Jacinto queda expuesto á las iras de aquella fiera; el hijo teme por la suerte del padre.

Ant<sup>o</sup>—Pero tú entre tanto aquí  
Expuesto.

Jac. —No temas nada,  
Toda esta gente menguada  
Nada puede contra mí.  
No me temen. . . . soy anciano. . . .  
Y además se echan contigo  
Un implacable enemigo  
Y tendrá miedo el tirano  
Descuida, marcha sereno.

Esos temores no son infundados; llega, en efecto, en esos momentos, una mujer que interrumpe el diálogo de despedida: María, hija de don Sixto Pérez, el verdugo terrible, llega á comuni-

car á Antonio, cuya suerte le interesa, el peligro en que está su vida, va á suplicarle que huya, que parta. . . . porque su padre llegará á prenderlo al momento. . . . Antonio sale con ella y se va, mientras Jacinto, con este incidente inesperado se entrega á sus grandes reflexiones, pensando en el futuro de su hijo con más interés que nunca.

—Talvez ya no lo veré. . . . .

Era mi última ilusión  
Y ya de mi corazón  
Como todas la arranqué.  
Con qué sereno ardimiento  
Por su cara Guatemala  
Hoy va á jugar á una bala  
Porvenir, gloria y talento. . . . .  
Si los déspotas que imitan  
Con sus martirios prolijos  
Al quitarnos nuestros hijos  
Supieron lo que nos quitan  
Infames. . . . .

Entra en escena un tipo social de carácter mezquino, cobarde, ruín, que ama su pellejo más que su dignidad, que cree que á la autoridad y á la tiranía se les debe, más que respetos obediencia ciega, y que cuando se les dice luchad por la patria, ellos contestan muy frescos y satisfechos: "la patria soy yo": hombres honrados y buenos á su manera, pero nocivos á la sociedad por cuanto lo juzgan todo con el criterio miserable de su propia conveniencia. Cerna lo presenta con perfiles tan bien delineados que, no obstante ser personaje de orden inferior y que entra á guisa de contraste en el drama, interesa bastante la atención del lector. Don Pacífico Inestroza llega á casa de don Jacinto á refugiarse, á buscar un asilo, huyendo de su propio miedo, pues que nadie lo persigue; y quiere que aquel lo libre de cualquier manera, aun pasando por la condición de criminal,—ladrón ó asesino,—con tal de no caer en manos del tirano. Es tiempo de revolución y esto solo da la medida de los procederés que se adoptan para todo aquel que es sindicado de pertenecer á ella;—y por eso don Pacífico quiere ponerse á salvo, yendo, si preciso es, á descansar á una cárcel, para lo cual dice á don Jacinto:

Hágame usted secuestrar  
Por cualquier hecho funesto,  
Por calumnia, por incesto,  
Porque le vengo á robar!

Por cubridor de asesinos,  
Porque en infamias rebalso,  
Por.....por monedero falso,  
Por salteador de caminos,  
Por cualquier cosa... Un enredo  
Urda en que me salve yo

El miedo y la cobardía de don Pacífico lo hacen hablar hasta por los codos; de corazón pequeño, tiembla y llora en presencia de aquellos crímenes que debían despertar en su pecho la ira y la indignación: don Jacinto lo desprecia y lo arroja de su casa, pero él es hombre que no entiende más que de salvar su persona y no se va:

¿Que salga? pues está atento  
Usted... que salga y á esta hora?  
No, señor, usted es ahora  
Mi puerto de salvación.  
No salgo.

La presencia de otro ente desgraciado, despreciable por sus bajos procedimientos y que se cuele como larva miserable entre la sociedad, á despecho de la gente honrada, va á cambiar y á comprometer más la situación de don Jacinto—es un adulator en forma de periodista. Un periodista de esta clase es parásito que vive de la “savia del tesoro nacional,” y por eso va siempre por calles y plazas, incensario en mano, adulando á los de arriba y denigrando á los de abajo. Los lineamientos de su oscura silueta son como las del cobarde de que hemos hecho mención. Va con una acta recogiendo firmas, con el noble objeto de alentar al mandatario en su obra de esterminio contra los revolucionarios que á la sazón luchan, y á quienes, como es natural, pone de oro y azul; lee á despecho de don Jacinto su manuserito infeliz, pero éste le interrumpe indignado.

Basta ya!

Per. — Si me falta lo mejor.....

Jac. — Tontera, indecencia, mengua,  
Yo no sé como he tenido  
Paciencia de haberte oído  
Sin arrancarte la lengua.

Per. — Usted me insulta y yo puedo..

Jac. — Hacer que me maten?

Per. — Sí.

Jac. — Pues anda á hacerlo.  
Fuera vil borroneador  
Antes que te haga el honor  
De abofetearte la cara  
(lo echa á puntapiés).

Como consecuencia precisa, la escolta llega después en busca de Jacinto Muñoz, comandada por don Sixto: fracturan la puerta y penetran á aquella habitación sin tener en cuenta para nada la garantía que rompen y el derecho que ultrajan. Oid este diálogo que da la medida de lo que es don Jacinto y lo que representa Sixto:

—Sixto—Jacinto Muñoz

Quién es?

Jac. — Ya no me conoces,

Sixto.....

Sixto—Por qué servilón, te expones  
A que tus puertas rompamos?

Jac. — Porque aquí no acostumbramos  
Abrirles á los ladrones;  
Por eso.

Sixto—Pícaro viejo!  
Amárrenlo.

Jac. — Ved quien soy.

Sixto—Amárrenlo.

Jac. — Atrás!

Sixto—Teniente:  
Tome una escolta y la casa  
Registre toda, y arrasa  
Con todo vicho viviente.

Jac. — No, infame, no; está acostada  
Mi esposa, está enferma!

Sixto—¿Sí?  
Y qué me importa..... por mí  
Podía estar enterrada.

Nada de consideraciones, nada de piedad para quien además de los fueros de su sexo tiene los del padecer. Doña Juana, esposa de Muñoz y madre de Antonio, es ultrajada por los sicarios del tirano, y no solo esto, sinó que también José, niño aún, pero en cuyas venas corre la sangre digna y valerosa de los Muñoz, es asesinado cobardemente. Escuchad (Traen entre soldados á doña Juana y á José).

Juana — Ay por piedad.

Jacinto—Juana mía!

Sixto — No hay piedad con los serviles.

José — Vosotros sois unos viles  
Que insultais á la agonía!  
Vosotros.....

Sixto — Oiga?..... Sarjento,  
Agarre á ese maniquí,  
Tome una escolta y va allí  
A fusilarlo al momento.

Jacinto—Qué ¡á mi hijo? no, no lo haras!  
Fuera una infamia... es un niño!

Sixto — Pues arranca su cariño  
Porque si.....

Juana —Jamás, jamás!  
 A él... á mi hijo, fusilarlo!  
 D. Sixto.... no me escucháis?  
 Pegadle cuanto queráis...  
 Pero matarlo!... matarlo!  
 ¿No es verdad que no lo hareis?  
 José —Por ponernos en miedo,  
 No es verdad? Si yo no puedo  
 Creer que lo fusileis....  
 Dejad que le suelten, lejos  
 Nos iremos á vivir,  
 Pronto nos vamos á ir.

Las súplicas de una madre llegan á los oídos de un criminal como los gritos del cordero al corazón de la fiera que lo devora, sin eco, sin expresión. Para las palabras desgarradoras de esa madre, don Sixto tiene esta contestación tremenda:

Sixto —Vamos; cumplid.....  
 A estos viejos  
 Llevadlos ante el patrón  
 Y que él disponga.

Jacinto—¡Bandidos!

José —Adios mis padres queridos!!

Juana —Hijo de mi corazón!

José va á morir dentro de poco; don Sixto lo ha ordenado en virtud de su omnímodo poder y debe cumplirse.

Sixto —Lo habeis registrado todo?  
*(A un oficial que entra con soldados).*

Oficial—Ninguno.

Sixto —Pues que ahora tome cada uno  
 Lo que tenga en acomodo

Juana (int.) Es mi hijo ¡piedad! piedad!

Jac. (int.) Tomad mi vida ¡os lo ruego!

Sargento—Preparen.... apunten... fuego  
*(Descarga).*

Todos —Que viva la libertad!!

Sarcasmo horrible! se profana el sagrado nombre de libertad en el momento mismo que todo derecho es violado, en el instante supremo en que una alma vírgen viene á aumentar el número inmenso de las víctimas y de los mártires, en el instante en que dos seres honrados y dignos son arrebatados de su hogar para arrojarlos al fondo del calabozo reservado á los criminales, en el instante que se roba á la luz del sol despojando de sus propiedades; en el momento, en fin, en que vida, libertad y propiedad son una farsa, un mito para la sociedad!.....

## AURORA.

Vuelvo á estrechar tu mano cariñosa,  
 que el duelo hizo temblar entre las mías  
 cuando en la noche silenciosa y triste,  
 nos dimos el adios de despedida.

Y al recojer mi vida tus palabras  
 que el regocijo de los dos traspiran;  
 al sorprender en tu mirada lánguida  
 la honda palpitación de una caricia;

Siento que la esperanza, eterna aurora,  
 rompe en el fondo de mi ser, tranquila,  
 y al calor de sagradas ambiciones,  
 con nuevo ardor mi corazón palpita!

Oh supremo poder el de vosotras,  
 almas que el sentimiento dió á la vida!  
 quizá os premia el dolor en vuestra cuna  
 con algún rayo de la luz divina!

Sabe crear horizontes tu mirada  
 allí donde la fe vaga perdida;  
 y cuando nubla el cielo la tormenta,  
 una sonrisa tuya lo ilumina.

Amar, sufrir.... ¿qué envidias? En la tierra,  
 la obra de Dios tus duelos eterniza:  
 tu martirio es tu fuerza; él te ha dotado  
 del don de la mirada y la sonrisa.

Sufres, amas...! Sublime sacrificio,  
 que es fuente inagotable de tu dicha!  
 Vírgen enamorada y soñadora,  
 la conquista del cielo es tu conquista!

PAUL.

Sau Salvador, 1891.

## OTONIEL.

SUS RECUERDOS EN DESÓRDEN, ESCRITOS POR

JUAN J. LAÍNEZ.

*(Continuación.)*

“Eso al fin es bueno, es necesario para tí, porque te servirá de experiencia, y esta misma te hará ser bueno, recogido, honesto en tus distracciones, humilde, sufrido y resignado; todo esto debe reunir un hombre para tenerle por un hombre de bien.”

“Si existe un ser perfectísimo, debes

ser perfecto en lo que puedas y hasta donde te sea posible. Recuerda á don Pedro Juan, el carpintero de San Isidro. Quién podía tacharle una sola de sus acciones á aquel hombre de corazón grande?"

"Tú tienes deberes para contigo mismo, para con Dios, y para con tus semejantes, y has de llenarlos, pues de lo contrario te opondrías á una ley eterna grabada en tu propia é íntima naturaleza. Ahora bien, así como te he encargado cumplas estrictamente con estos deberes, así te encargo que si te injurian no te impacientes jamás, porque del simple enojo puede pasar el hombre al estado de ira, de frenesí y de allí á cometer un crimen talvez atroz. El hombre debe dominarse en las cosas pequeñas para no caer en las cosas grandes. ¡Es preciso violentar las pasiones! Todo es menester tratarlo también con mucha calma y prudencia. Este es el gran secreto para atraerse la aceptación de todo el mundo y para hacerse, por consiguiente, digno de ocupar un honroso puesto en la escala social. Antes de hacer algo es necesario entrar en el examen de todas sus circunstancias."

"Por lo que á la sociedad toca te prevengo desde luego, que como hay varias clases de sociedades según el fin que sus miembros tratan de alcanzar, en cualquiera de éstas que te encuentres experimentarás mil sinsabores, y es con la calma, examinando las cosas con mucha prudencia y considerando que el corazón humano ha sido ingrato desde su cuna, coma sabrás hacerte de experiencia y ser bueno en todos sentidos.

No tardarás en tener amigos de esos que tratan de corromper á los demás, pero te advierto que sin necesidad de despreciarlos puedes deshacerte de ellos con solo mostrarles ese cariño grave, dicho sea así, que debe tener todo hombre que quiera ser respetado, y considerar á los demás con arreglo á su dignidad respectiva. No es preciso disgustarse con ellos para evitarse de su compañía: si haces lo contrario puede venir un día en que seas responsable de un crimen, y habrá mérito de culpa sobre tí por no haber usado de los medios que no se escapan á ningún hombre sensato.

¡Estos eran los consejos que mi padre me dictaba en medio del infortunio é inmenso dolor de su alma; en medio

de las humillaciones á que se le sometía por el único delito de haber quedado pobre!

¡Ah, vosotros los que sabéis de amor, los que sabéis qué es disfrutar de las caricias de un amante padre y que sabéis lo que es amar á este sér, podéis pesar en vuestra exacta balanza la inmensidad de mi dolor, concebir mi agonia y el eco triste de mis eternas angustias! Tan solo vosotros los que habéis saboreado el amargo pan de la desgracia, podéis figuraros mi pena y si lloro al trasladar este papel las palabras del adorado de mi existencia!

Mas valiera no tener memoria para no guardar recuerdos. Cada una de las tristes reminiscencias de mi vida, abre de nuevo las heridas profundas que taján el delicado músculo que palpita en mi pecho, y que parece indicarme que aun hay existencia en mí con tanto sufrimiento!

Figuraos ahora una mujer como mi madre, cuyo cuerpo al nacer fué envuelto en finísimas holandas, é hizo crugir el raso al caer en la cuna, que un día sonriendo de placer contemplaron mis abuelos; cuna por mil motivos bendita para ellos, preparada al advenimiento del primer fruto de sus amores! Figuraos una mujer así, cuya vida en el hogar de sus padres se deslizó plácida, pero como esas gotas de rocío que suavemente ruedan de la corola rosada al purpurino fondo del cáliz donde se evaporan para no volver á posarse allí jamás!

¡Ah quién pudiera sondear el destino! quien pudiera palpar esa mágica realidad que nos fascina por influencia desde su incognito cielo, cielo tantas veces soñado y jamás poseído en este mundo!

#### IV

La sociedad se torna muchas veces en la madrastra más cruel. Mi madre, la amada de mi alma á quien tantas veces imprimí qué de besos en la frente aun no marchita por el consumidor influjo del sufrimiento, considerada bien como lo había sido en los tiempos de la prosperidad, y como lo merecía dada su educación y antiguo género de vida, se había cambiado en un ser despreciable para aquella misma sociedad! hipócrita! que antes la había admitido en su seno.

Todo estaba cambiado! Los presuntos nobles y hasta la clase baja del pueblo la despreciaban. Desaparecido el dinero había con él desaparecido la persona que lo poseyera, según el entender ó juicio de aquella sociedad.

Era cuando estos desprecios sufría la de quien soy ser de su ser, que levantaba al cielo como en los días mejores sus ojos henchidos de lágrimas para trasladarse al infinito y depositar á los pies del Dios de las misericordias sus amarguras quejas y su triste llanto; era aquí cuando elevaba al cielo sus sentidas y melancólicas plegarias á la madre de las madres, María, para recibir de ella un dulce consuelo y el soplo de su divino aliento, que vence los espacios sin fin y en que va envuelta la paz, maná bendito de los cielos.

Ella me llamaba en estas horas de angustia y pena para enseñarme el lenguaje con que debía ofrecer al Dios-Cristo los padecimientos de esta vida, y para que calmara algún tanto sus dolores; mas esto último no lo conseguía porque mi presencia era como una cadena que más fuertemente ataba su alma al duro poste del dolor: mi presencia le coartaba la libertad para emancipar del objeto de sus lágrimas; mi presencia en fin, no la permitía distraer su espíritu en otros horizontes, en otro cielo menos triste que el nublado de la amargura, bajo el cual mustias las flores de su vida no podía aspirar los perfumes de la felicidad.

¡Qué consejos me daba ella en los días aquellos en que sufría las decepciones de la vida!

## V

Llegué por fin á esa edad en que se dilata á la vista del hombre el inmenso mar de los placeres que le sonríen como el iris de la existencia, comenzó para mí la terrible lucha de las pasiones y la época de los verdaderos sufrimientos. Mi padre activo siempre en sus persuasivos consejos era un obstáculo para entregarme á complacer los instintos de la loca juventud. El color de ella hacía aparecer á mi mente mil sueños color de gloria. Cuántas veces me hechizó la esperanza, pintándome realidades mil, finjidas todas que jugaban conmigo como los espejismos con las caravanas del desierto! Cada desengaño de éstos aba-

tía mi espíritu, y el mundo que en otro tiempo había contemplado risueño y había hecho aparecer á mis labios las primeras sonrisas del amor, me era entonces tan triste... tan triste como el aspecto de una tumba.

Mi corazón se había sentido por vez primera abrazado por la llama sagrada del amor, pero luego se extinguió ésta dejando á mi alma desolada y triste. ¡Ah, cuantas veces fuí á llorar sobre el sepulcro de la que un día fué dueña de todo mi ser y que me arrebató el cielo, como airado contra mí, cuando yo disfrutaba de tanta felicidad!

Mi padre, conocedor de lo que en mí pasaba, me decía con su voz grave y penetrante á la vez que dulce, estas palabras que guardo en mi memoria y me acompañarán hasta el sepulcro:

—Hijo conozco que no estás bien y lo noto por el aire que tus ojos dan al rostro: te veo inquieto, turbado como si te agitara alguna pasión que te es desconocida aún: no veo ya en tu semblante dibujarse aquella exquisita calma que hace poco resplandecía bañando tu rostro como de una luz divina, ni aquella tranquilidad de tu alma inocente y pura. Todo parece haberse marchitado en tí y con ese todo languidece, se marchita también la paz de mi corazón.

No me cabe duda estás ilusionado, ó algún desengaño fatal desgarró hasta tus entrañas; algo halagüeño te habías forjado en la mente y por toda realidad has encontrado la negación positiva de un positivo ficticio. Te has dejado atraer quizá, por una de esas esperanzas fingidas que á cada instante embargan la mente juvenil, pero que en realidad no son más que sombras, fuegos fatuos que se encienden y apagan en el mismo momento que hieren con su luz nuestras pupilas é impresionan nuestro cerebro. Pues bien: si como creo, estás atravesando la crisis de un desengaño, ten presente que no es otra cosa que un producto de la juventud; esos desengaños son los fatales efectos de esos sueños, que aunque parezcan no tales ó tan sólo como sierras de granito, no pasan de ser meras ilusiones que se disipan como esas blancas y amontonadas brumas que se contemplan antes de salir el sol. Ya parecen inmensos lagos, montes de elevación suprema, llanuras que hacen horizontes, islas extensas y de suma be-



leza tachonando la inmensidad de los mares, cuyas aguas dan los reflejos del iris y que ya se ven tranquilos, ya procelosos encrespando sus olas como henchidos de cólera contra el cielo. Ya muchas veces habrás tenido ocasión de contemplar estas escenas que pasan en las nieblas lejanas y habrás también observado como se resuelven; y sino haz por observarlo en las mañanas de junio; sube á una altura cuando las aves empiecen á cantar por valles y praderas, y por las selvas y montes; contempla esos colchones de neblina con que se arropan las mañanas de ese mes, y espera que los hieran los rayos primeros del rey de los planetas y verás que desaparecen como por encanto á tu vista, dejando descubiertos los montes que dora la luz de ese astro, aquellos valles cuajados de pastos y las campiñas con sus pámpanos, y los prados con sus flores que los esmaltan.... todo en fin, cuanto ocultaban á la vista. Así sucede á los jóvenes: la experiencia cual otro sol disipa sus ilusiones: mientras están en el calor de la juventud, sin esta "piedra de toque," el rosado velo de los sueños intercepta la vista de la realidad.

Graba esta lección, hijo mío, procede en todo con prudencia y calma; sufre con valor: piensa con minucioso cuidado sobre tus asuntos para que no lleves funestos desengaños; nada de ambición á la humana gloria: no corras en pos de ese iris que nunca palparás y que si presuroso lo buscas, ni lo verás á lo lejos. Jamás camines guiado por tus propias ideas, oye los consejos de los hombres de experiencia, si quieres ser feliz y llegar á ser un sabio."

Es inexplicable el estado de mi corazón, cuando esto consejos oía.

La imágen de Elena fija en mi mente, y el pesar de la muerte de aquel ser que no volvería á ver jamás, anudaba mi garganta, ahogaba mis palabras, henchía de lágrimas mis ojos y llevaba mi espíritu á meditar en ella, que me parecía estar triste acordándose de mí en el cielo, ú olvidada ya de que me dejaba sumido en el llanto más angustioso que he sufrido hasta hoy! Oía su voz vaga entre el cielo y la tierra, gemebunda ... lejana....!

Mi padre me veía fijamente como asombrado, sin pronunciar palabra alguna.

Yo no me daba cuenta de lo que pasaba en derredor mío. Un velo misterioso cubrió mis ojos, y ... qué fué de mí no sé.

Cuando recobré el juicio me encontraba en mi catre rodeado de algunas señoras que hablaban en voz baja. Mi madre soportaba mi cabeza sobre su pecho, sollozando.

Así quedaron grabados en mi memoria é impresos en mi corazón estos consejos, que me han apartado tantas veces del borde del abismo. Talvez á cometer iba yo un extravío y aquellas palabras y aquella voz del autor de mis días resonaba en el fonógrafo interno, en lo íntimo de mi conciencia. Eran estas palabras, tremendas, poderosas! Jamás podría resistir á su potente fuerza!

(Continuará).

---

## NOTAS.

---

### Kant y Shopenhauer.

"Kant produjo en filosofía una revolución equivalente á la de Copérnico en astronomía. En vez de contemplar el mundo objetivo como el *prius* del pensamiento, nos enseñó á considerar, por el contrario, el pensamiento como el *prius* de aquel mundo objetivo, y el espacio y el tiempo los redujo á formas primarias de la labor intelectual. Muchas de las dificultades que se han suscitado para aceptar la conclusión de los razonamientos de Kant y Hume, proceden del supuesto (rebatido aun por Kant) de que el individual *yo* que se asocia en una definida existencia como un objeto en espacio y tiempo, es la misma cosa que la actividad intelectual que es siempre el sujeto y nunca el objeto de los conocimientos. Kant enseñó que la pura inteligencia se apodera, en las formas de espacio y tiempo, de una materia prima de sensación, dada á ella por una cosa de su sér que jamás puede convertirse, como tal, en ob-

jeto de conocimiento; siendo por tanto incognocible, aunque pueda llegar á ser lo mismo que la creadora inteligencia. El odio intenso al misticismo que caracterizó á Hegel, lo condujo á rechazar toda relación con lo incognocible, así como á desenvolver la teoría de conocimiento ulterior eliminando de la realidad todo lo que no fuese pensamiento. Schopenhauer, por otra parte, quizo hallar la cosa en sí misma, la común raíz, tanto del sujeto como del objeto, en la Voluntad de lo cual nos damos cuenta inmediatamente, y esta concepción él la ingertó en la Kantiana teoría de percepción.

Pero de la enseñanza de Schopenhauer no es esta la face que despierta mayor interés y ejerce influencia más activa en Inglaterra en estos momentos, sino su ética doctrina y su sutil análisis de la función del Arte en la vida humana. Él fue pesimista, y como tal nos dijo que la vida no era más que una serie de ilusiones, de dolorosas experiencias, hasta el punto de quitarle todo precio á su conservación. Pero no lo dijo por pasatiempo. Predicó que la idolatría del *yo* era una mala y martirizante fantasía, del mismo modo que lo hizo Jesús de Nazaret. Y precisamente como Jesús enseñó á renunciar al mundo y buscar únicamente el Reino de Dios y su honestidad, así Schopenhauer nos induce á renunciar al amor de la vida y al afán de dicha para tomar asilo en el templo sereno de la inteligencia y contemplación pasivas. "Tal hombre—dice—que después de terribles luchas con su propia naturaleza ha llegado á esa abstracción final, continúa viviendo como un puro ser consciente, inmaculado espejo del mundo. Nada podrá en adelante inquietarlo, nada podrá conmoverlo, puesto que él ha roto los miles de cuerdas que nos ligan

al mundo, y que—como el deseo, el temor, la envidia la cólera—nos mantienen en agitación y sufrimientos perennes. Él mira hacia lo pasado, sonriendo tranquilo, acerca de las ilusiones mundanas que una vez lo desesperaron, pero que ahora contempla con indiferencia semejante á la del jugador de ajedrez respecto del tablero cuando terminó la partida, ó como el día siguiente de noche carnavalesca se ve el disfraz que se llevó en ésta. La vida y sus contornos pasan delante de él, como volátil quimera, ó breve ensueño matinal durante el cual entreabrimos los ojos y cuando la próxima realidad impide ya que la alucinación se prolongue. A la manera de este ensueño la vida y sus contornos se desvanecen definitivamente sin transición difícil. Con esto puede entenderse bien á madame de Guyón, cuando al concluir su autobiografía, agregaba: "Todo es igual para mí; no puedo querer nada más, y á menudo me sucede ignorar si existo ó nó."

En Arte y Música nos abstraemos de la individualidad y voluntad y de la conciencia del *yo* para elevarnos hasta esta contemplativa y objetiva condición de ánimo. He ahí su valor. Pero nuestra exaltación de ese modo es momentánea, y mucho más necesitamos. "Aquella paz y bienandanza de la vida de los santos—habla Schopenhauer—de que nos hemos ocupado se halla solamente como la flor que proviene de la victoria constante sobre la voluntad, y el campo en que ella crece es la constante batalla con el amor á la vida; porque nadie puede gozar de durable reposo en la tierra. Vemos por tanto la historia íntima de los santos llena de espirituales conflictos, tentación y ausencia de gracia—es decir, de esa especie de conciencia que paraliza los motivos, y, cual uni-

versal moderador, acalla toda volición, ofrece la paz más profunda y abre la puerta de la libertad.”

El mundo ha llegado á una estación en donde la suficiencia de esta prédica es negada generalmente. Sojuzgar el amor á la vida es bueno, y no solo bueno sino esencial; pero este es el principio y no el fin de la sabiduría. Tal vez la mayor de las lecciones que nos han dado los discípulos alemanes de Kant es aquella según la cual la vida individual es apenas una parte de una vida más amplia—de un todo que manda y obedece al propio tiempo. Y en este concepto la renunciación del *yo* es el preludio no de una vida de inercia, sino de una vida de incommensurable actividad en la que cada individuo se desvela para vivir para el todo en que tiene su existencia.

El tipo moral de la época presente señala el más excelso lugar no al que simplemente desprecia y pisotea el mundo sino á aquel que no obstante despreciarlo y pisotearlo, lo ama y en su beneficio trabaja. Y tan así es esto, que mientras hombres y mujeres aprenden lo que enseña Schopenhauer con una agudeza de percepción y una fuerza de lenguaje que se acerca al Evangelio, ellos tienen algo más que saber respecto de la condición de una vida real y honesta. Pero todos sin embargo le deben agradecimiento; porque en sus escritos pueden encontrar no solo los primeros rudimentos, sino un ideal de literatura y arte que es como fuerza impulsiva en el camino de la salvación.”

### Yo tengo fe.

Yo tengo fe: dejad que luche el río  
Y ondulando retenga su caudal:  
Dejad que se desvíe y retroceda . . .  
El río corre al mar!

Yo tengo fe: la Humanidad se salva;  
Dejadla tras el Vicio y el Error;  
Dejad que se revuelva y se resista . . .  
La humanidad vá á Dios.

DIEGO VICENTE TEJERA.

### LA VENUS DE MILO.

LEYENDA.

Un resplandor verde pálido coloreaba el horizonte: el vasto espejo de las aguas del mar se iluminaba, poco á poco, bajo la sonrisa precursora del despertar de Febo.

Perezoso, éste, no se daba prisa por levantarse, sabiendo que los mortales no esperaban su venida, porque el sueño reinaba sobre la tierra.

Anunciado por un ligero ruido de las aguas, el Helesponto se estremeció á su llegada. En las costas reinaba un silencio profundo, que apenas interrumpía el débil movimiento de las olas, al chocar con la playa. Tal, como las pulsaciones iguales de un corazón tranquilo, atestiguan una quietud de espíritu completa.

En la ribera reposaba un hermoso mancebo. Su cabellera ligeramente rubia rodeaba una soberbia frente de poeta. Sus ojos, de un gris azulado, parecidos á los de Minerva, iluminaban su rostro, que tenía esa belleza antigua de la que había conservado la palidez marmórea.

Emulo de Leandro, de Sestos á Abydos, su brazo vigoroso había hendido las olas aquel día. Había dejado caer su cuerpo languidecido, por la contemplanza de aquella naturaleza admirable.

El mes de mayo terminaba.

Nunca lo había sentido tanto, jamás la brisa le había parecido tan suave al pasar sobre sus sienes calenturientas.

Bañado por la claridad del astro de la noche, el joven poeta dejaba errar su pensamiento.

Sus labios entre abiertos formulaban un soneto á Vénus.

Había abandonado las riberas inhospitalarias de su fría patria, en donde su musa escéptica y muchas veces burlesca, no había sido comprendida, por la de la Diosa del Amor.

La víspera, el mas anciano batelero de Abydos le había contado la leyenda

de la Venus de Milo, en la que creía á ciegas.

La diosa, le había dicho, cansada de verse olvidada y reemplazada por las traviesas beldades modernas, vagaba errante por la noche bajo la forma de una nube, inconsolable por su abandono. Había jurado que ningún mortal la contemplaba, á menos que su belleza no igualase á la suya.

Hasta entonces había permanecido invisible. El alma del poeta, largo tiempo torturada por la duda, soñaba en esos dioses y en esas diosas del Olimpo que tantas veces de niño había contemplado entre sueños.

Parecía conocerlos. Los amaba porque todos eran bellos. Por todas partes buscaba ávidamente los colores vivos, las bellas líneas, los dulces perfumes, el amor y la felicidad.

Los había encontrado en su nueva patria, y por eso había adoptado sus gustos y su lenguaje.

Febo desde su alto trono de azul, hundía sus ojos en los suyos. De repente una nube apareció á su vista. Vagaba en el éter tomando insensiblemente la dirección de la tierra. Apoyándose sobre las espumas de las olas que se deshacían lánguidamente bajo sus piés, nuestro joven la vió tomar forma humana.

Esta era la de una joven de belleza incomparable.

Tranquila, fria como el mármol de que parecía formada, estaba envuelta en un ropaje de pliegues esculturales.

Apenas si algunos hilos de oro de sus maravillosos cabellos, se escapaban bajo el velo blanquísimo con que los cubría. Asombrado por esta aparición, el hijo mortal de Apolo se levantó y avanzó hacia ella, pero á medida que avanzaba, la forma se hacía mas y mas nebulosa. Entonces, temeroso de que desapareciera para siempre, volvió á colocarse en el sitio desde donde la había visto aparecer.

.....  
Inmediatamente sus admirables formas se acentuaron de nuevo.

Ebrio de amor, estendió los brazos hacia aquella aparición encantadora, gritando:

—Oh! mujer desconocida, hermosa entre las hermosas, ¿quién eres?

Si verdaderamente, como lo aseguran,

tú eres Apmodita, déjame contemplarte sin esos ropajes y en tu belleza natural. No has oído mi invocación?

La joven contestó con voz misteriosa:

—Soy Venus, diosa de la hermosura, tal como la comprendían los antiguos.

Contempla mi cabeza pequeña colocada sobre un cuello recto y delgado, mis anchas espaldas y mi seno sonrosado y elevado. Mi cadera de contorno delicado pasando casi sin línea divisoria á un muslo y una pierna de finura extrema.

Mi pié combado, con el que tanto tiempo he dominado el Universo ha conservado la perfección de sus líneas, libre de toda traba, como ves. Desgraciado poeta, has nacido demasiado tarde para poderme amar.

¡Vienes á buscar en nuestra hermosa Grecia, el entusiasmo y la inspiración que te rehusan tus comarcas del Norte!

Allí corre por las venas de los hombres el hielo derretido de tus montañas cubiertas siempre de nieve.

Aquí, en la cuna de lo ideal, de lo bello, corre una sangre generosa y ardiente. Aquí tus versos brotarán bajo los hermosos rayos de Febo.

Sí, hijo de las Musas, tú amas lo bello, la naturaleza, la verdad en el arte.

He sabido tus luchas contra el cristianismo, que es el que nos ha relegado á las tinieblas del olvido, á nosotros los dioses y las diosas del Olimpo.

Y sin embargo, á nosotros es á quien debeis toda vuestra inspiración primera, poetas y escultores, escritores y guerreros.

Por nosotros habeis afrontado la muerte y la ingratitud de los siglos. Pero ¿has podido tú escaparte á las seducciones de la fria religión, cuya única diosa no ha amado jamás?

—Oh! divinidad pagana hija de la naturaleza, olvidas que el amor de la madre de Dios del Cristianismo es un amor que extiende sus beneficios sobre el mundo entero.

Olvidas que su corazón está lleno de amor, pero de un amor, que no tiene nada de común con las pasiones, las aspiraciones, y las debilidades de los mortales, sus hijos.

—Abandona esas austeras divinidades, poeta, si quieres llegar al corazón de tus semejantes porque solo el culto de lo bello y de la naturaleza ha podido

inspirarte los versos que han hecho tu nombre inmortal.

Sígueme con el espíritu en mi carrera aérea y combate á mi lado contra esos poderes invisibles que me han arrojado del cielo.

Como recompensa de tu fidelidad y de tu genio pagano, te permitiré morir en Grecia, la patria de los Dioses, tierra de tu destierro voluntario.

Cuando llegue la muerte y te toque en la espalda, estarás dispuesto á partir.

Pero la aurora llega; es preciso que huya.

Adios, poeta del amor y de la juventud.

El poeta quiso estrecharla entre sus brazos....

Apenas pronuncia las últimas palabras, la forma ideal se desprendió de su vestidura.

Mas de repente, con la rodilla izquierda la mantuvo al rededor de soberbias caderas... sus contornos fueron perdiéndose rápidamente... y de mujer se trasformó en nube.

.....  
La Venus de Milo acaba de percibir la cruel imperfección de lord Byron, porque era él.

Este dió un grito estridente y se levantó de un salto.

A su alrededor no había más que soledad y tinieblas.

Habría dicho la verdad el barquero?

Se le habría aparecido realmente la diosa de la belleza?

Largo tiempo apareció sobre la arena, la vista fija sobre el horizonte, con la esperanza de descubrir aquella divina aparición que había hecho de él un dios, durante su sueño.

MAS-KAY.

## ¿VOLVERÁN?

Ya se van acortando las tardes bien mío,  
ya más pronto las gotas del fresco rocío  
descienden al cáliz gentil de la flor; ;  
¡ay! ya el sol de mis sueños brillantes declina;  
ya muy pronto la negra y audaz golondrina  
se irá para siempre.... ; con ella mi amor!

¡Cuántas veces al ver sus bandadas  
entre nubes y mares lanzadas

girando y siguiendo su errante volar;

he doblado con pena la frente  
pensando y pensando tristemente:

“¡Huyeron! ¡huyeron! mas ¡ay! ¿Volverán?

Cuando el cielo se llene de flores,  
y las selvas de alegres rumores,  
y los cielos de espléndida luz,  
y las almas de loca esperanza,  
vendrán, como un sueño de dicha, que avanza  
abiertas las alas, teñidas de azul!

Mas ¡ay! que en las plazas que vieron su nido  
murióse alguna ave de amores y olvido,  
y yo, con acento de horrible dolor,  
diré sollozando:—“Parad, peregrina,  
golondrina, feliz golondrina,  
¿qué fué de tu hermana?—¿qué fué de mi amor?”

Ya se van acortando las tardes, bien mío,  
ya más pronto las gotas del fresco rocío  
descienden al cáliz gentil de la flor.... ;  
; ya se van deshojando las rosas!  
; Por lo mismo que son tan hermosas  
se van para siempre!.... ; con ellas mi amor!

Cuántas veces al ver los fulgores  
del sol, que sus hielos de ardientes colores  
quebraba en las hojas del seco rosal,  
he mirado con pena las hojas marchitas  
y he gemido con ansias de amor infinitas:  
“¡Huyeron! ¡huyeron! mas ¡ay!—¿Volverán?

Cuando el sol oscurezca sus rayos sangrientos,  
y lloren las lluvias y giman los vientos  
cual notas perdidas de un triste laud  
que pulsa un anciano que trémulo marcha,  
entre lluvias y vientos y escarcha  
mirará como muere la sombra en la luz....

Cuando torne á lucir Primavera  
si despunta un capullo siquiera,  
diré con acento de horrible dolor  
mirando las hojas y el tronco marchito:  
“Tu vida fué breve, mi amor infinito....  
¿Qué fué de tu encanto? ¿Qué fué de mi amor.”

Qué hermosa! ¿Qué hermosa? ¿Por qué vida mía?  
no rasgas mis nieblas con rayos del día,  
no ahuyentas mis brumas con auras del mar?  
Yo soy desgraciado, yo soy peregrino,  
y pronto siguiendo mi errante camino  
á un mundo que ríe me vuelvo á llorar!

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! Tus ojos se han  
(hecho  
con chispas de rayos, tu cándido pecho  
con flores del valle, tus labios con miel,  
tu vos con arpegios de notas perdidas...  
tus ojos parecen estrellas dormidas,  
tus labios las hojas de abierto clavel!

Yo tengo tres astros que alumbran mi frente,  
que animan el ansia constante y ardiente  
que salta en mi loco, febril corazón  
sediento de glorias: el sol por el día,  
la luna que rasga la noche sombría,  
de noche y de día tu imagen, mi amor!

Ya se van acortando las tardes, bien mío!  
ya más pronto las gotas del dulce rocío  
refrescan las flores con lánguido afán....

¡Ya se van estas horas divinas!  
¡Ilusiones de amor.... golondrinas....  
luces.... flores.... mas ¡ay! ¡Volverán?

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

## IDEALISMO.

Por tí he vuelto á vivir ¡Cuando creía  
del amor y la fe tumba mi pecho,  
á tu amor ideal lo juzgo estrecho,  
pues lo llena tu imagen noche y día!

No sé si mi cariño me extravía,  
no sé si para amar tengo derecho,  
sé que estoy con mirarte satisfecho  
y solo en sueños te supongo mía.

Avaro de ese bien deja le guarde  
con toda la pureza que atesora,  
ya que para ladrón nací cobarde:  
¡baste á mi dicha lo que siento ahora,  
al verme entre las brumas de la tarde,  
gozando las caricias de la aurora!

MANUEL DEL PALACIO.

## MISCELANEA.

**Nuestros consocios** y muy estimados amigos don David A. Payeres, don Juan Mena, don Adrián García y don Víctor M. Jerez, han obtenido el primero el título de doctor en la facultad de Medicina y Cirujía y los tres últimos el de bachiller en Jurisprudencia.

Enviámosles nuestros parabienes más sinceros y concededores de la honradez y las aptitudes que los adornan, les auguramos el más espléndido triunfo en sus respectivas carreras profesionales.

**El señor** don Eduardo Martínez López, ha tenido la amabilidad de enseñarnos varios capítulos que tiene escritos de una extensa biografía del General don Francisco Morazán.

Aplaudimos el noble empeño del señor Martínez en salvar del olvido documentos que él posee y que son de un valor inestimable para la patria historia, y presentamos su constancia como un ejemplo digno de ser imitado.

Ojalá que el señor Martínez publique pronto su trabajo, y entonces nos será muy grato emitir nuestra desautorizada opinión, mientras tanto anunciamos la obra y felicitamos al amigo.

**El señor** Presidente de la "Unión Operaja Humberto I" se ha servido comunicar á nuestros queridos amigos y consocios doctor don Horacio R. Jarquín, don Abraham Chavarría y don Víctor M. Jerez que, á virtud de proposición suya, han sido nombrados Socios Honorarios de aquella ilustre institución.

"La Juventud Salvadoreña" recoge tan señalada distinción y al mismo tiempo que felicita cordialmente á los agraciados, hace notar que la constancia y los nobles esfuerzos, puestos al servicio de las ideas generosas, atraen siempre las generales consideraciones.